

Capítulo 26. Un pleito. Lo que el tú de un príncipe puede.



-Marrano -gritó el cerrajero, ya fuera de sí por la rabia, y trató de saltarle al contrincante a la garganta, pero los que allí estaban y que habían seguido a risotadas todos los movimientos del fino caballero lo detuvieron, y el estudiante, que lo había agarrado de un brazo, dijo con voz aguda e imperativa: Quédese quieto, el señor tiene razón, y usted, como mecánico, debería estar contento de aprender por qué la máquina atrae tan fuertemente a todos los hombres.

-¡Siga hablando! -gritó el peluquero; a su lado se había plantado una mujerzuela muy ataviada, con su blusa blanca con grandes lazos de color vivo, y el vendedor de frutas aclaró que lo que le había parecido bien al organillero, tenía que convenirle al cerrajero.

Tomás le quitó la palabra al estudiante. -Atraer, usted utiliza la expresión correcta. ¿De dónde viene eso de que uno se quiera tirar a las ruedas de un tren en marcha? Las teorías físicas y fisiológicas no bastan para explicar eso, como tampoco para explicar las nauseas que acometen a cientos de personas en los viajes en tren. Y el que todos los niños jueguen al trenecito -se sonrió recordando la última vez que había estado con Lachmann- se aclara sólo mediante profundos procesos psíquicos, el contagio interior. Puf-puf, ¿no se dan cuenta?, casi se oye.

El joven de la gorra en forma de balón se carcajeó y, al mismo tiempo, hizo ademán de alargar por detrás sus manos hacia los pechos de la chillona princesita de los lazos.

Tomás no se inmutó y continuó exponiéndole, con toda calma, sus opiniones al cerrajero, que estaba negro de furia. Aquél había metido una de sus manos en el saco abrochado, con la otra subía y bajaba su bastón hasta mostrar provocativamente su pierna llena de puré de manzana. -Lo que llama la atención, en primer lugar, de una locomotora, es la cosa esa por un lado que va y viene, pistón y cilindro, para afuera y para adentro. Desde arriba responde la chimenea ahogándose por el esfuerzo y sudando: Sch-Sch-Sch. Ante un gran hoyo negro, donde arde el fuego, se halla un hombre de pie que hurga con un palo las brasas. Se escucha un silbido, usted ya sabe lo que significa un pito, las mujeres no deben silbar y de vez en cuando se abre un grifo y este monstruo viviente de hierro arroja su agua desde el vientre. Así como sucede con la locomotora, pasa igual con todas las otras máquinas, y usted que tiene que tratar con ella lo siente muy agradable, pero no quiere admitirlo. Usted tiene que sentirlo, que el hombre es la llave y la mujer el cerrojo. Si usted pudiera tener el don de la observación por tres centavos, desde hace mucho que habría reunido el material para reconocer, en la nariz de las gentes, la razón por la que pierden una llave o echan a perder un cerrojo. El cerrojo cierra la puerta, la puerta el cuarto, la puertecita de la mujer. Cada mujer tiene un cerrojo, que el hombre abre. Lea usted, querido amigo, nada más el *Fausto*, en la segunda parte, la escena de las madres: allí encontrará usted el significado de la llave. La llave abre todas las cámaras del tesoro, también abrirá la de su tesorito, si no es que eso sucedió ya desde hace tiempo. Sótano y cocina, casa y patio, todos son dominios femeninos. Pues en el sótano reposa el barril, en el que se fermenta el vino nuevo; lea usted nomás la canción del vino de Novalis, allí lo encontrará. Y en la cocina, se hornea todo en el horno, como el niño en el vientre materno. La primera casa habitada fue el cuerpo de la mujer; el patio y el jardín con sus fuentes, setos y rosadales también surgieron mediante el contagio interior. La mujer es la fortaleza que tiene que ser conquistada, y cuando es bella se trata de un palacio. Gancho y anillo llama el tirolés al hombre y la mujer...

-Y la cuerda con que debieran colgarlo, sería también una mujer -gritó el cerrajero, que poco a poco se había ido enfureciendo.

-Cierto, cierto -Tomás lo celebró ceremoniosamente-. La horca, la bendita mano del diablo, que casa al ladrón con la cuerda. Amigo , hermano -dijo abriendo sus brazos para atraer al cerrajero hacia él-, tú me entiendes.

-Yo no soy ningún tú para usted -con un rápido jalón el hombre se había zafado, para luego lanzarse sobre Tomás, que retrocedió tambaleante, pisó al frutero y casi perdió el equilibrio. Con todo, logró detenerse, puso sus brazos sobre la cabeza del que lo atacaba y lo fue presionando con el gran peso de su cuerpo, hasta que tronó como navaja plegadiza. Entonces se produjo un relajo atroz, el vendedor de frutas detuvo a Tomás, mientras los otros hicieron retroceder al cerrajero. Por todos lados se oía un griterío, maldiciones, y se estaba armando una buena pelea cuando hizo su aparición el cobrador. Se interrumpió el pleito, y la decisión del caso se sometió a la insigne autoridad.

En su interior, el empleado estaba convencido de que Tomás era un bribón taimado, que traía quien sabe qué puercas intenciones. De otra manera, ¿qué andaba buscando con su boleto de primera clase en la cuarta? En consideración a la propina recibida y en espera de una nueva, intentó, con todo, justificar de alguna manera al fino señor. No era cosa fácil, pues, con excepción del estudiante, todos los viajeros de ese compartimento tomaron partido contra Tomás. El que predicaba con alto tono de indignación en contra de la inmoralidad del rico intruso era el vendedor de frutas, pues aquél, sólo por el hecho de tener dinero creía que estaba en posibilidad de soltar obscenidades en presencia de gente decente y se dedicaba a pisarle los callos a la gente honrada. Lo secundaron, con gran empeño, el muchacho de la gorra en forma de balón, que se jactaba de ser carnicero, y la señora de los lazos rojos en el pecho. Esta pretendía separar su muy vejada virginidad, en medio de una gran confusión mental, gracias a un pathos moral. Asediado y después de mantener a raya a los acusadores mediante frecuentes movimientos con las manos, el cobrador, con la boca semiabierta y el bigote despeinado, se decidió a proferir una reprimenda y le dijo al acusado en tono sublime de la justicia eterna: -Uno debería esperar, ciertamente, un comportamiento más decente de un caballero que quiere pasar por gente educada. Ya de por sí había usted ensuciado la propiedad real y, encima de eso, comienza a armar pleitos aquí. Debería darle vergüenza -diciendo esto se disponía a irse, contento de haberse librado del asunto. Pero había hecho mal sus cuentas.

Desde el momento en que la pelea había sido interrumpida, Tomás se metió las manos en las bolsas del pantalón y, silencioso, se puso a escuchar la tormenta. Su mirada descansaba sobre el jorobado naranjero y sobre el parche negro de su ojo izquierdo. Cuando el cobrador terminó su discurso, quiso hacer uso de su remedio universal, el oro, pero para su asombro se dio cuenta de que sus bolsas estaban vacías. Palpó la bolsa del saco, también estaba vacía; su billetera con unos cientos de marcos había desaparecido. Ya quería hacer la reclamación del robo, cuando su mirada recayó de nuevo sobre el frutero y, por una repentina asociación de ideas, brotó en él la decisión de volver a recorrer el camino de los sufrimientos. Así, en vez de aceptar calmado la sublime charlatanería del cobrador, le respondió en el tono más petulante posible:

-Aquí no tiene usted otra ocupación que revisar los boletos, por eso le paga el Estado, es decir los contribuyentes, a los que yo pertenezco. Usted es mi empleado y, por ello, tiene que comportarse debidamente. ¿Entendido?

Al cobrador se le puso la cara morada, parecía que lo habían untado con jugo de zarzamoras: -¿Su empleado, que...? Usted, usted, usted... -y ya no supo qué hacer con tantos usted, pues la tranquila mirada de Mundete lo trastornó cabalmente. Le fallaba el lenguaje y sólo podía producir un bufido intermitente.

-¡Al trenecito! - gritó Tomás triunfante-, está jugando al trenecito.

-Le voy a dar su trenecito. En la próxima estación ya veremos si yo soy su empleado, o al revés.

-Ya sé que el Estado mantiene a los burócratas a costa del público -sonrió maliciosamente Tomás.

-Ya verá usted lo que es un empleado -amenazó el cobrador-. Se lo van a enseñar en la policía. Aquí hay suficientes personas que pueden testificar que usted le faltó el respeto a un empleado.

Decayó el buen humor. Casi todos los presentes habían tenido turbias experiencias con diversos empleados,

y el solo uso de la palabra policía le arrebató al cobrador todas las simpatías. Ni el tipo con la gorra en forma de balón, ni el peluquero, ni siquiera la mujer de los lazos en los pechos querían renovar sus relaciones con esa institución, y tanto el pata de palo como el estudiante pusieron cara de que eso no les importaba. Sólo el frutero se ofreció para servirle de testigo al señor cobrador y jurar que sí había sido ofendido.

Mientras tanto, el tren pasaba frente a las estaciones de las afueras de Berlín, y el cobrador se apresuró a ir en búsqueda del maquinista para ponerlo al tanto del caso de Tomás.

Durante el corto trayecto antes de que el tren entrara en la estación de Berlín, se desarrolló una animada conversación entre el estudiante y Tomás, que en lo esencial trató sobre la policía y la cólera de los burócratas. Sin embargo, mientras el estudiante opinaba de manera muy sensata sobre estos fenómenos, Tomás hacía tales afirmaciones que no dejaban de provocar la risa en los oyentes. En principio, propuso que la palabra “empleado” provenía de “ama”¹ o que, por lo menos, todos los empleados estaban tan infectados con el sonido “m” de manera que recibían tintes de nodriza en su carácter.

-El empleado considera al público como niño de pañales -dijo-, tiene que considerarlo de esa manera, pues se siente obligado a guiar a esta indefensa criatura, que sólo sabe mamar y berrear; sin embargo, junto y a través de este sentimiento de responsabilidad concibe también la gran idea de educar y castigar a este público lactante. Con todo, está consciente de sus limitaciones, ya que le falta lo más importante del ama: la leche; lo que queda bien expresado en la falta de la “a” al comienzo de “empleado”. Y precisamente por la carencia de leche, de esa vocal faltante, se explica la aversión que siente el público. Frente al empleado, se encuentra en la situación del destete; los pechos tienen un sabor amargo, pues los frotan con quinina y, entonces, el público intenta vengarse mediante una rebelión oculta, por el hecho de que esta mutilada nodriza exige obediencia sin ofrecer su dulce leche. Este carácter de nana se ha conservado en las costumbres de los empleados de más bajo rango. Así, por ejemplo, la última empleada de la compañía se mete un cuaderno de notas entre los botones del pecho, acentuando de esa forma el negocio de la leche. Esto provoca más al público-lactante, que tiene que considerar esa insistencia en una carencia como un sarcasmo. En cuanto a la policía, la cuestión es mucho peor. Ya en la primera sílaba se descubre la palabra *popo*² y surgen los fatales recuerdos de las palizas que uno ha recibido. La segunda sílaba, “li”, es la abreviación de “lindura” y hace pensar en la enorme petulancia de los educadores: por los castigos uno debe también quererlos. Y el hecho es que lo ponen a uno contra la pared, hasta que uno además les pide perdón.

El tren iba entrando en la estación en el momento en que Tomás finalizaba sus explicaciones. Le dio al estudiante su dirección y su nombre, pidiéndole que lo visitara; luego, salió despidiéndose de todos amablemente.

En el andén lo esperaban el cobrador y el maquinista; lo agarraron entre los dos para llevarlo a la oficina de la policía. Sin embargo, desde el comienzo su jugada triunfal estaba perdida, pues ninguno de los viajeros se ofreció como testigo. El vendedor de frutas desapareció de manera extraña, sólo lo vieron atravesar la barrera. Además, allí al aire libre, el vestido y la apariencia del acusado daban un aspecto muy diferente al que ofrecían en el mugroso ambiente del vagón de cuarta clase; así, fueron asaltando al cobrador todo tipo de dudas sobre si sería conveniente llevar a ese señor ante la policía. Allí podría mencionarse la moneda de oro que él había aceptado como propina, y se imaginó que podría escapársele fácilmente de su bolsillo, donde sonaba tan bonito. Al maquinista, por su parte, no le interesaba participar en una aburrida discusión, que sólo serviría para recortar su tiempo libre.

Tomás, en cambio, crecía a cada paso que daba entre los gruñones empleados. Se encontraba de nuevo lleno de la solemnidad del sufrimiento, que lo condujo hasta la emocionante idea del Salvador entre los ladrones. Verdaderamente, él se lanzaba hacia el Gólgota, dispuesto a conjurar sobre sí nuevos tormentos ante el sargento de policía.

La procesión de estos tres sujetos despertó la atención del público, sobre todo porque Tomás, haciendo

1.- Groddeck lleva a cabo un juego de palabras con las letras “am” de *Beamter* (empleado) y *Amme* (nodriza). [T.]

2.- En alemán el término coloquial *Popo* significa nalgas; de allí las asociaciones que suscita. [T.]

muchos gestos, sostenía monólogos en voz alta sobre su oficio de redentor. De repente, se separó el flujo de los viajeros, que se afanaban hacia la salida. Un oficial alto, vestido con el uniforme de los húsares rojos, se acercaba rápidamente con un ayudante a su lado, medio paso atrás. Aquí y allá las gentes se detuvieron saludándolo de una manera muy llamativa. Los dos empleados del ferrocarril se quedaron quietos y de frente, formando una valla, mientras Tomás siguió dando zancadas.

El oficial titubeó un instante, al ver a ese hombre grande y gordo, que, por el aspecto de la pierna izquierda y clara de su pantalón, el zapato de charol y el calcetín violeta de seda, se veía como si lo hubieran arrastrado por un retrete; luego, se dirigió con la mano extendida hacia Tomás y dijo: -Müller, grandulón, viejo y querido amigo, ¿de dónde demonios sales?

Tomás se detuvo, se desprendió de sus ensoñaciones y tomó con respeto y camaradería la mano del príncipe Víctor, el Príncipe Rojo, como se le llamaba en el lenguaje popular, respondiéndole: -Directamente desde el Purgatorio, Alteza Real, y me arrastran al Juicio Final para lanzarme al infierno.

-¿No puedes acompañarme? Me dirijo al palacete y me agradecería mucho charlar un par de horas contigo, refrescar los viejos recuerdos. Por supuesto, no estás muy presentable que digamos.

-Pues, no puedo acompañarte, a pesar de que me encantaría. Estoy en camino de la cárcel, los grilletes y el presidio. Aquí están los esbirros del tribunal -agarró a ambos empleados, que se deshacían en un sumiso asombro.

El príncipe lanzó al maquinista una mirada inquisitiva.

-Sólo tiene que comprobarse -balbuceó este- sí... El cobrador asegura que... Yo creo que todo es una equivocación. El cobrador...

El cobrador sudaba de miedo. Deseaba que aparecieran todos los diablos y hasta estaba dispuesto a devolver su moneda de oro, si sólo pudiera desaparecer de la opresiva cercanía del Príncipe Rojo, de cuyo nada tierno carácter aún recordaba un desagradable asunto de su época en el servicio militar.

El príncipe se impacientó. -Estoy acostumbrado a recibir respuestas claras, señor maquinista. ¿Cómo se llama usted?

-Rehbaum, su Alteza Real.

-¿Y ese hombre?

-Kalkner, a sus órdenes, Alteza Real.

¿Qué ocurre, entonces? ¡Hablen! -y como no obtuvo una rápida respuesta irrumpió así-: No tengo tiempo de esperar que tengan ganas de contestarme. Mi tren no espera. Deseo que ya no molesten innecesariamente al señor. Adiós, grandulón. ¡Ojalá nos encontremos pronto de nuevo! -con estas palabras se marchó.

El maquinista ya había perdido el gusto de armar un escándalo con el señor que se hablaba con el Príncipe Rojo de tú a tú. Se despidió para volver al tren. Pero no iba a deshacerse tan fácilmente de Tomás, pues este lo pescó por la chaqueta y le explicó que quería tener su Juicio. Cuando el maquinista se volvió malhumorado hacia Tomás, el cobrador aprovechó la oportunidad para salir corriendo de allí, y así Tomás tuvo que perseguir a ese importante ladrón. Éste saltó sobre los rieles y se metió al vagón vacío de un tren estacionado, y a fin de cuentas Tomás se quedó solo, sin aliento y enojado, pues sus dos perseguidores se habían largado. Furioso se dirigió hacia la salida y cayó, al cruzar la barrera, directamente en brazos de Keller-Caprese

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

Volver a Newsletter 25-ex-51